

Actitudes anglosajonas hacia la Revolución Mexicana 1910-1940

Alan Knight*

Según cierta tesis del imperialismo británico,¹ la expansión territorial británica ocurrida durante el siglo XIX y principios del XX no fue ocasionada por desplazamiento sísmico alguno en la economía política doméstica de la Gran Bretaña (*v. gr.* el tránsito del capitalismo comercial al financiero), ni motivada por una crisis de subconsumo o tasas de ganancia decrecientes, sino, en oposición a dichas explicaciones «metropolitanas» y económicas, respondió a causas «periféricas» y estratégicas. Es decir, el poder británico se desplegaba motivado por crisis locales, disoluciones de las relaciones «imperialistas informales» causadas por sublevaciones políticas y/o desafíos nacionalistas. Tales crisis amenazaron los intereses británicos no sólo económica sino estratégicamente. El caso clásico fue Egipto en 1882.² Con este trasfondo, la Revolución Mexicana de 1910 a 1920 puede considerarse como una clásica crisis «local»: el derrumbe de una previa relación de cooperación que había servido al capital británico.³ La Revolución trajo consigo violencia política, inestabilidad económica y un desafío nacionalista.⁴ Sin embargo, a pesar de algunas amenazas, los británicos no tomaron ninguna acción agresiva para detenerla o

¹ Ronald Robinson y John Gallagher, «The Imperialism of Free Trade» en *Economic History Review*, 6/1, 1953.

² Robinson y Gallagher con Alice Denny, *Africa and the Victorians*, Macmillan, 1961, capítulo 5.

³ Sobre los intereses británicos en el México porfiriano, véase Alfred P. Tischendorf, *Great Britain and Mexico in the Era of Porfirio Díaz*, Durhan, N. C., 1961; y Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950*, México, 1991, capítulo 2.

⁴ El grado y carácter del reto nacionalista es debatible. John Hart, *Revolutionary Mexico*, Berkeley, 1987, ve a la Revolución como una guerra de liberación nacional; otros recalcarían menos este aspecto.

restaurar el Porfiriato.⁵ Ello no se debió a que aprobaran la Revolución o desdieran el antiguo régimen. Como sugeriré, sus predilecciones eran claras y conservadoras. Con todo, no percibían ninguna amenaza *estratégica* de importancia (México no era Egipto) y aunque así hubiera sido, tenían las manos prácticamente atadas, a causa de sus compromisos prioritarios en Europa y Asia, y su creciente consideración hacia Estados Unidos en el Nuevo Mundo, especialmente, en la región circuncaribe.⁶ En consecuencia, si bien lamentaban la desgracia mexicana, poco podían hacer. Eran imposibles la amenaza o el uso de la fuerza, por lo cual sus intereses en México fueron dejados a merced de la Revolución y de la política norteamericana.

Por tanto, cualquier análisis de las reacciones británicas hacia la Revolución debe tomar en cuenta —aunque sea superficialmente— a los estadounidenses. La hegemonía de éstos en México era insoslayable para los británicos, de ahí que surja la siguiente pregunta: ¿por qué una crisis local tan cercana a Estados Unidos no produjo una intervención a gran escala que conllevara el control político, incluso la anexión? ¿Por qué a México —el «Egipto americano»⁷ como se le llamaba— no le ocurrió lo mismo que al propio Egipto? Ciertamente, abundaron los expertos que abogaron por o predijeron tal resultado.⁸

No deseo introducirme en el complejo y conflictivo campo de las relaciones mexicano-estadounidenses. Quiero, en cambio, tocar un aspecto de este problema que aclara la postura británica. Entre los muchos factores que imposibilitaron una reacción «imperialista» total por parte de los Estados Unidos, puede mencionarse la «mente oficial» norteamericana,⁹ sintonizada distintamente que la de su contraparte británica. Además, podemos sugerir que esta diferencia surgió a raíz de evidentes diferencias culturales. Claro que la

⁵ De nuevo, esto es debatible. Meyer (*Ibidem*), ofrece la mejor síntesis de la política británica. Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico*, Chicago, 1981, y P. A. R. Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-14: The Diplomacy of Anglo-American Conflict*, localiza la política británica dentro de un contexto internacional y proporciona abundante evidencia documental.

⁶ Respecto a la sobrecarga de Gran Bretaña —el «cansado titán» de Joseph Chamberlain— y la deferencia hacia los Estados Unidos que ello fomentaba, véase Paul Kennedy, *The Realities Behind Diplomacy*, Londres, 1981, pp. 34-35, 107-108 y 118-119; con respecto a México, véase Esperanza Durán, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México, 1914-18*, México, 1985, pp. 91-100.

⁷ Channing Arnold y Frederick J. Frost, *The American Egypt, A Record of Travels in Yucatán*, Londres, 1909. El embajador británico en la ciudad de México, observando la «crisis local» cuando llegó a su punto más alto, a finales de 1914, y lamentando la inactividad estadounidense, marcó explícitamente este paralelismo: «México es frecuentemente llamado el Egipto de América, pero es aquí donde se deshace la analogía»; Hohler, 11 de noviembre de 1914, FO 371/2032, 79839.

⁸ «Cubanizar» a México fue una forma de decirlo: por ejemplo, el embajador norteamericano Walter Hines Page, en Londres, al coronel Edward House, 27 de abril de 1914, en Burton J. Hendrick, *The Life and Letters of Walter Hines Page*, Londres, 1924, p. 230.

⁹ El término procede de Robinson y Gallagher, *op. cit.*, pp. 19-21; cf. Kennedy, *op. cit.*, pp. 59-65.

Revolución Mexicana representaba una clásica «crisis local» cargada de importancia estratégica a la cual la potencia dominante debiera responder. Sin embargo, los Estados Unidos no reaccionaron a la manera imperialista clásica de Gran Bretaña. En términos tautológicos, podemos decir, los estadounidenses no «egipcianizaron» a México debido a que, en oposición a los británicos, no eran imperialistas. La «mente oficial» norteamericana, operaba de acuerdo con otra «mentalidad oficial» bastante distinta. Por añadidura, y en términos más amplios, los portadores de dicha cultura percibieron a México y su revolución de forma diferente. Por tanto, vemos un cisma significativo dentro de las actitudes anglosajonas frente a la Revolución.

Aunque las reacciones británicas, así como las estadounidenses estuvieron lejos de ser uniformes, es posible ofrecer una clasificación aproximada por periodos y sectores.

Con respecto a lo primero, conviene distinguir entre el periodo de la lucha armada (1910-1917/20) y el de la reconstrucción, reforma y constitución de Estado (1917/20-1940). Por consiguiente, los trataré de forma secuenciada. En cuanto a lo segundo, distinguiré, en términos generales, entre diplomáticos, cónsules y empresarios, que de hecho tienen una especie de continuidad. Primero, están los diplomáticos de la ciudad de México, funcionarios de carrera sumergidos en la *Grosspolitik*, por tanto a menudo más preocupados de lo que tramaban los alemanes que de lo que harían de los villistas.¹⁰ Segundo, los cónsules, esparcidos por los estados, asumían una perspectiva más local, comercial (así como política). Finalmente, los empresarios, para quienes la propiedad y las ganancias eran primordiales y cuyas apreciaciones de los grandes problemas estratégicos e internacionales eran secundarias.¹¹ Habría en

¹⁰ Katz en *op. cit.* presenta bien la atmósfera. Acerca de la negligencia británica en torno a los revolucionarios nortños: Meyer, *op. cit.*, p. 129. Cuando no estaban especulando sobre las intrigas de las grandes potencias, los diplomáticos y sus esposas platicaban sobre las intrigas de las compañías petroleras: «Tampico... es el foco de la guerra del petróleo», escribió la esposa de Encargado de Negocios norteamericano a fines de 1913. «¿Será cierto que el petróleo se encuentra en el fondo de todas estas tragedias?» Edith O'Shaughnessy, *A Diplomat's Wife in Mexico*, Nueva York, 1917, p. 96. En todo caso, el énfasis se ponía en las actividades de las élites extranjeras —el grupo de referencia y de amigos de la escritora, imbuidos con ciertas preconcepciones colectivas. La perspectiva elitista fue acompañada, como sugeriré, por un rechazo o incompreensión manifiesta del carácter popular de la Revolución. En vista de que *los de abajo* eran incapaces de desarrollar un verdadero movimiento político, la organización, inspiración y control debía provenir de *los de arriba* —sean ellos los científicos, los militares, los diplomáticos extranjeros o los magnates petroleros. De ahí el arraigo de las teorías de conjuras de la Revolución, las cuales —como críticos izquierdistas han expuesto vigorosamente— han sobrevivido hasta el presente.

¹¹ De ahí que, por ejemplo, las compañías petroleras británicas se quejaban de que perdían a sus empleados alemanes al inicio de las hostilidades en 1914. Más significativamente, tres años

un último lugar una especie de cuarto estado que no puede dejarse de tomar en cuenta en cualquier análisis de las reacciones británicas: este sector estaba formado por escritores, intelectuales y expertos, quienes, careciendo de una posición económica u oficial en México, respondieron a la Revolución, ya sea con aclamación u horror. Acaso no influyeron en la política británica, pero ciertamente reflejaron preconcepciones culturales (con las cuales se alimentaba la «mente oficial»), y requeriría de un excesivo sacrificio discutir nuestro tema sin presentar a las notables figuras literarias que visitaron al México revolucionario y comentaron su realidad, lo que permitió que este país se insinuara, como nunca antes, en el seno de la literatura británica: D. H. Lawrence, W. Somerset Maugham, Aldous Huxley, Graham Greene y Evelyn Waugh.

Ofrezco, pues, cuatro sectores colectivos del lado británico, los cónsules y diplomáticos, los empresarios y los enviados culturales. Sus caminos se entrecruzan y es mejor seguirlos cronológicamente. Bajo el régimen de Porfirio Díaz (1876-1911), el capital británico fluyó a México y floreció el comercio anglomexicano. Funcionarios británicos, además de algunos escritores, derramaron elogios sobre el astuto dictador que había rescatado a México de la perenne inestabilidad e insolvencia y creado la *Pax Porfiriana*. Tan sólo algunas voces disidentes —en su mayoría periodistas que imitaban la escuela norteamericana de periodismo, estilo «muckraking»— disputaron las bases de su régimen; más comunes fueron los elogios por parte de gente como Ethel Tweedie (*Mexico: From Diaz to the Kaiser*) sobre quien pondré un discreto velo de mutis.

Mientras tanto, Díaz ansiaba fomentar el capital británico como contrapeso del estadounidense. Los intereses económicos estadounidenses llegaron a predominar, especialmente en el norte de México, pero fueron los británicos quienes construyeron la mayor parte de los ferrocarriles del México central y ayudaron a impulsar la naciente industria petrolera. En todo esto, el régimen los alentó activamente y no sólo creó un ambiente favorable a la inversión extranjera sino proporcionó personal clave que sirvió en las juntas directivas de las compañías extranjeras como intermediarios legales, obteniendo contratos y concesiones a través de los tribunales y las legislaturas y obteniendo al mismo tiempo su propio porcentaje.

La cada vez más íntima relación entre México y el capital británico (además de otros capitales extranjeros) fue sostenida por una élite mediadora y coope-

después, Lord Cowdray (junto con otros intereses británicos) favoreció el reconocimiento al gobierno de Carranza —en aras de la estabilidad interna— en tanto que el Ministerio Británico del Exterior lo objetaba y tuvo que ser persuadido: Katz, *op. cit.*, pp. 471-472.

radora,¹² grupo nativo dedicado a la suave integración de esta inversión a la economía mexicana. En la cúspide se hallaban miembros del estrecho círculo político de Díaz, como Guillermo de Landa y Escandón, gobernador del Distrito Federal. Este no sólo formó parte de las juntas directivas de muchas empresas británicas sino que además había sido educado —como varios colegas suyos— en Stonyhurst, escuela católica inglesa, y de quien comentó una dama británica, hasta «parecía un inglés y se enorgullecía de ello».¹³ No obstante, la colaboración penetraba más al fondo de la sociedad porfiriana abarcando a políticos provinciales, abogados de clase media, capataces y jornaleros que podían beneficiarse de su asociación con los intereses económicos británicos. Un empresario de esa nacionalidad, incluso dijo, un poco sospechosamente, que había empleado a Pancho Villa y habíale parecido un trabajador ejemplar.¹⁴ Como consecuencia importante de esto, los intereses británicos, así como los norteamericanos, se gestaron en una red de relaciones de cooperación que se mostraron sorprendentemente duraderas durante la lucha revolucionaria. Durante la ocupación norteamericana de Veracruz, en cuanto los administradores extranjeros abandonaron los campos petroleros de Tampico, los empleados mexicanos se hicieron cargo de la industria ininterrumpidamente. Al amenazar grupos rebeldes el mineral de Cedral, las mujeres les pidieron que se marcharan —y lo hicieron.¹⁵ Cuando campesinos levantados en armas hostigaron una hacienda de propiedad británica en Oaxaca «amenazando con matar al administrador para así poder repartirse la propiedad», el dueño, señor Woodhouse, huyó, pero su esposa permaneció allí sin que se le molestara, pues «por sus caridades habíase hecho querer por los indios».¹⁶ Tal evidencia de colaboración o clientelismo —a menudo pasada por alto— debe compararse con la de xenofobia o «antiimperialismo» que con frecuencia ha sido exagerada. Si esta cooperación sobrepasaba a la xenofobia, se debe cuestionar la noción de una revolución antiextranjera.¹⁷

La colaboración era un proceso bilateral. En el lado británico, los empresarios trabajaron duramente para consolidar sus relaciones de ese tipo: con el presidente, el gabinete, los gobernadores estatales y —de ningún

¹² Robinson, «Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch For a Theory of Collaboration», en Roger Owen y Bob Sutcliffe (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, 1972, pp. 120-123.

¹³ Alan Knight, *The Mexican Revolution*, 2 volúmenes, Cambridge, 1986, I, p. 8.

¹⁴ Percy N. Furber, *I Took Chances From Windjammers to Jets*, Leicester, 1954, p. 109.

¹⁵ Informes del cónsul Miller, Tampico, 21 de mayo de 1914, y Bonney, San Luis Potosí, 30 de agosto de 1915, State Department Records, Internal Affairs of Mexico, 812.00/12346, 16135.

¹⁶ Knight, *op. cit.* I, pp. 346-347.

¹⁷ Esta es mi opinión: Knight, *US-Mexican Relations, 1910-1940: An Interpretation*, UCSD, La Jolla, 1987, capítulo 4.

modo menos importante — los jefes políticos, principales funcionarios de las zonas rurales. El clásico ejemplo, aunque atípico, lo proporcionan los intereses de Cowdray, por lo que merecen una mención especial.

El empresario de Yorkshire, Lord Cowdray —Weetman Pearson, como se le conocía antes de 1910— había construido el túnel de Blackwall bajo el Támesis y el del East River en Nueva York, ferrovías en España y China y muelles en Gran Bretaña, Brasil y Canadá. En 1889 llegó a México, y a petición de Porfirio Díaz —con quien entabló una estrecha amistad— construyó el drenaje del valle de México, concluyendo así una obra iniciada hacía trescientos años por ingenieros de la Colonia e indígenas enganchados: tarea necesaria, pues la bulliciosa metrópoli de fines del siglo XIX sufría las inundaciones periódicas de las aguas del lago de Texcoco. En seis años, Pearson construyó el gran canal de aproximadamente 46 kilómetros que solucionó este problema, posteriormente, otras importantes obras públicas en México, que incluyeron los puertos de Veracruz y Salina Cruz y el ferrocarril transístmico que comunica la costa del Golfo con el océano Pacífico, el cual prosperó brevemente hasta que la Revolución Mexicana y la inauguración del Canal de Panamá afectaron su rentabilidad.

Pearson se dedicó también a la prospección petrolera. Arriesgó cinco millones de libras y se enriqueció a partir de 1910 con el enorme hallazgo del yacimiento de Potrero.¹⁸ Durante los años revolucionarios, su Mexican Eagle Corporation acrecentó su producción y ganancias. Para entonces, empero, sus intereses estuvieron sometidos a presiones políticas; por lo estrechas que habían sido sus relaciones con el antiguo régimen («somos considerados casi una pequeña secretaría de estado», recordaba un empleado).¹⁹

Pearson se mantuvo cercano a Díaz y su familia y les ofreció asilo en Inglaterra luego del derrocamiento; sin embargo, éste optó sensatamente por Biarritz y París, lo cual es irónico porque había hecho su reputación combatiendo a los franceses durante la guerra de Intervención. Además, Pearson repartió cargos en juntas directivas entre porfiristas de alto rango y esparció su generosidad aún más ampliamente. Si bien, escribió un escéptico diplomático británico, Pearson «acaso nunca sobornó a ningún mexicano, [pero] algunas veces confirió valiosos regalos y designó a importantes mexicanos para cargos en sus empresas que no implicaban muchas responsabilidades».²⁰

¹⁸ Jonathan C. Brown, *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, 1993, pp. 47-70.

¹⁹ Memorandum de conversación entre Cowdray y Walter Hines Page, 9 de enero de 1914, *Cowdray Papers*, caja A4.

²⁰ Thomas Beaumont Hohler, *Diplomatic Petrel*, Londres, 1942, p. 173. Véase asimismo Brown, *Ibidem*, p. 54.

Después del estallido de la Revolución, esta relación íntima con el antiguo régimen fue una seria desventaja. Se alegaba que había sido pro Díaz y después pro Huerta —aunque fuera exagerada o injustificada, la acusación era lógica; Huerta deseaba más o menos restaurar el régimen de Díaz. En particular, como la mayoría de las compañías petroleras de entonces, la de Cowdray proporcionaba material idóneo para las teorías de conspiraciones. Del mismo modo como la Standard Oil supuestamente había intentado derrocar a Díaz para instalar a Madero en el poder, la Mexican Eagle, competidora de la Standard, se había esforzado por deponer a Madero y sustituirlo por Huerta. En última instancia, dichos alegatos son irrefutables. Antes de los tiempos de la desfibradora, los buenos conspiradores no abandonaban las evidencias incriminantes.

Pero mi interpretación de los documentos de Cowdray, la cual puede corroborarse en otras fuentes, es bastante diferente. Las compañías británicas ciertamente deseaban mantener buenas relaciones con los políticos mexicanos —la política y los negocios eran inseparables,²¹ por lo cual distribuyeron favores y «mordidas». Pero no se dedicaron —y casi seguro no podían— a constituir y destruir regímenes. En el mejor de los casos, poderosos intereses, como los de las compañías petroleras angloamericanas, podían crear o derrocar gobiernos *locales*, es decir, influían sobre quién debía gobernar la Huasteca, la región petrolera de Tamaulipas. Incluso allá, usualmente respondían más a eventos que no podían controlar; su supuesto títere y mercenario durante el periodo revolucionario, Manuel Peláez, disfrutó de mucha autonomía, empleó a las compañías petroleras para obtener dinero y éstas lo usaron como fuente de protección e influencia contra el gobierno central.²² Si consideramos los regímenes nacionales y los actores económicos menores —pues las compañías petroleras fueron un caso especial— la capacidad de los intereses británicos, o de otros intereses privados, para determinar el curso de la Revolución fue muy limitada. Fueron víctimas pasivas —o dada la superficialidad de la supuesta xenofobia revolucionaria, espectadores confundidos— en lugar de actores claves.

La incapacidad de los intereses británicos —incluso intereses poderosos como los de Lord Cowdray— para afectar fundamentalmente el curso de la Revolución propicia dos preguntas que nos conducen a nuestro segundo actor colectivo, los funcionarios británicos, ya sea que estuvieran en México o

²¹ Brown, *Ibidem*, pp. 89-90, y David W. Walker, *Kinship, Business and Politics: The Martínez del Río Family in Mexico*, Austin, 1986, recalcan el carácter politizado de la economía mexicana.

²² Acerca de Peláez, véase Brown, *op. cit.*, pp. 74, 252-306; y Knight *op. cit.*, 2, pp. 201-202, 383-389.

Londres. Estas son: ¿acaso el empresariado y el gobierno compartían ideas similares acerca de la Revolución y las amenazas que representaba para sus intereses? Y, de ahí, ¿acaso los intereses británicos demandaron la ayuda y la intervención de su gobierno y establecieron esa unión entre el empresariado, el gobierno y aun la fuerza militar como la que, según la noción convencional, caracteriza al «imperialismo»?

La respuesta a la primera pregunta es, a *grosso modo*, sí. Los empresarios y funcionarios británicos compartían una común antipatía por la Revolución. Su correspondencia revela alarma, hostilidad e incompreensión y en la que algunos temas son recurrentes. La Revolución fue inmediatamente equiparada con el bandidaje. Igual que ahora «terrorista» es término universal de oprobio, entonces lo era «bandido» o «forajido». Para ellos los principales líderes revolucionarios no eran sino simples jefes de cuadrillas de salteadores. No podía tenerse la menor esperanza con una revolución encabezada por semejantes personajes y emprendida por la chusma mexicana. Los mexicanos no tenían la menor capacidad de autogobernarse, perseguir este fin era una peligrosa quimera. Lo que necesitaban era de un despotismo firme pero benévolo. Como el Encargado de Negocios británico, Thomas Hohler, basándose en su amplia experiencia imperial, explicó a Woodrow Wilson, el indio mexicano, que comprendía entonces el 80% de la población, se asemejaba al *fellahim* egipcio —nótese de nuevo el paralelo— «pueblos así necesitan una mano firme aunque benévola: firmeza para controlarlos dentro de los límites del orden y la benevolencia para educarlos y elevar sus preceptos morales». ²³ Hablaba con mesura —debía hacerlo, pues hablaba con Wilson. En privado, las opiniones británicas en torno al carácter mexicano eran aún más francamente racistas e «imperiales». Por qué intentar la diplomacia con los mexicanos, «mejor hablar de diplomacia con un tigre come-hombres que esté atacándote que hablarle a estas bestias medio civilizadas pero engreídas», se cuestionaba un banquero británico en Mazatlán, refiriéndose al 10% de mexicanos instruidos, para quienes «la civilización no es sino un mero barniz [...] siendo el resto animales enfrascados en el robo puro y simple». ²⁴ La solución para dichos salvajes era un régimen duro y autoritario.

²³ Memorandum de la reunión entre Hohler y Wilson, 11 de febrero de 1914, FO 371/2025, 8667. Cf. con los comentarios de Reginald Tower, embajador británico en México sobre las escasas capacidades mentales de los indios mexicanos; Meyer, *op. cit.*, p. 71.

²⁴ F. Goodchild a W. Hearn, 18 de diciembre de 1913, FO 371/2025, 4058. Véase también Meyer, *Ibidem*, pp. 117 y 130.

Tales actitudes no se circunscribían solamente a los británicos. Muchos en la élite mexicana concordaban en que México precisaba de una «mano de hierro», de ahí su apoyo a Díaz y a Huerta. Los intereses británicos y sus élites colaboradoras pensaban de manera similar, como los portavoces británicos a menudo admitían.²⁵ Muchos, acaso la mayoría, de los estadounidenses dedicados a los negocios en México estaban de acuerdo. Sin embargo, algunos estadounidenses discordaban y aquí la división entre las actitudes anglosajonas se vuelve visible. Los disidentes más obvios fueron Woodrow Wilson y el Secretario de Estado William Jennings Bryan, quienes han sido muy criticados en buena parte de la literatura sobre la Revolución Mexicana.²⁶ Para el disgusto de los británicos y de muchos de sus compatriotas norteamericanos—incluyendo empresarios, funcionarios del Departamento de Estado y muchos políticos, aun pertenecientes al gabinete demócrata—Wilson y Bryan veían en la Revolución una protesta popular legítima dirigida hacia metas políticas —y aun sociales— válidas. Veían a México más o menos de la misma forma que Lord John Russell vio a Italia cincuenta años antes: un pueblo oprimido en lucha por su libertad.

Desde su punto de vista, el deber de los Estados Unidos —una sociedad democrática nacida de una revolución anticolonial— era no reprimir, intervenir o abogar por la «mano de hierro», sino mostrar simpatía por los legítimos anhelos de los mexicanos por la democracia y aun por la reforma social. Wilson y Bryan se rehusaron a reconocer al militar usurpador Huerta —al cual su embajador había ayudado a imponer— y dieron considerable apoyo a sus enemigos constitucionalistas. Llegaron a la conclusión —muy avanzada para entonces y muy ajena a lo que pensaba la mayoría de los observadores extranjeros— de que México necesitaba algún tipo de reforma agraria para satisfacer las demandas populares. Como Wilson respondió a Hohler: «no conocía ningún ejemplo histórico en que avances políticos hayan sido realizados con la benevolencia de quienes están arriba; fueron logrados con el esfuerzo y la sangre de los que están abajo, de aquellos que luchan por ser libres y adquirir el disfrute de sus derechos legítimos».

²⁵ George Richardson de la Tlahualilo Cotton Estates lamentaba que con la propagación de la Revolución en 1913-1914, todos las «clases mejores» habían huido de la comarca lagunera —es decir, «todos aquellos con quienes acostumbrábamos conocer y negociar»; carta de Benson a Grey, 13 de marzo de 1914, FO 371/2025 11732. Edward Grey concluyó, basándose en los informes británicos que «si bien mucha gente en México detestaba a Huerta, si tuvieran que escoger entre Villa y Huerta como alternativas preferirían a Huerta»; Grey a Spring-Rice, 13 de marzo de 1914, FO 371/2025. 12029.

²⁶ Por ejemplo, Kenneth J. Grieb, *The United States and Huerta*, Lincoln, Nebraska, 1969.

Claro, los británicos estaban escépticos, consternados. Veían a Wilson como aliado del caos revolucionario. Hohler consideraba «basura» los planes de reforma social; el banquero de Mazatlán —ya citado— denunció la «consumada hipocresía» del Presidente.²⁷ Los alemanes, que no podían creer tanto idealismo, concluyeron que todo era una fachada de hipocresía yanqui: Wilson alentaba deliberadamente la subversión en México como preámbulo de una intervención estadounidense.²⁸

Por lo tanto, tenemos en el México de 1913-14 un interesante anticipo de las filosofías que chocarían en Versalles cinco años después, cuando el idealismo estadounidense confrontó a la *Realpolitik* europea en el escenario global. En 1918-19 el idealismo estadounidense saldría perdedor; en el caso mexicano, sin embargo, gozó de ciertas ventajas. Primero, México cayó en la órbita estadounidense. Ninguna potencia europea o grupo de potencias contemplarían intervenir en México desafiando los deseos estadounidenses; les gustara o no, Europa estaría a la zaga de la política norteamericana. Como anotó Arthur Nicolson: «Confieso que no veo salida para el embrollo mexicano a menos que Estados Unidos proponga una línea política definida y positiva con la que las demás potencias podamos colaborar diplomáticamente».²⁹ Ello no sucedió y los europeos se resignaron a presenciar la destrucción del viejo orden en México —y con él sus añejas redes de colaboración— sin que pudieran actuar eficazmente. Al menos, tal era la política oficial.

El ministro británico en México, Lionel Carden, disentía. Nombrado en 1913, justo cuando Wilson se enfrentaba a Huerta, poseía una larga hoja de servicios en América Latina —México, Cuba y Guatemala— donde vio y lamentó el ascenso de la hegemonía estadounidense. Las intervenciones norteamericanas, escribió a Edward Grey, Ministro Británico del Exterior, perjudicaban los intereses de la Gran Bretaña y no ayudaban a sus supuestos beneficiarios latinoamericanos.³⁰ Los norteamericanos, dijo a un colega alemán —británicos

²⁷ Memorandum de Hohler, febrero de 1914, FO 371/2025, 8667; F. Goodchild a W. Hearn, 19 de diciembre de 1913, FO 371/2025, 4028.

²⁸ Spring-Rice a Grey, 23 de enero de 1914, FO 371/2025, 5205, informa que el agregado militar alemán había llegado a la conclusión de que el gobierno de los Estados Unidos «había preparado un plan completo para la invasión y ocupación de México», su diplomacia ostensiblemente moralista servía meramente como instrumento para hacer de la intervención algo «necesario e incluso popularmente necesario». La opinión (razonable) de Spring-Rice era que esto era «interpretar la política estadounidense en términos del Estado Mayor alemán». Véase asimismo a Katz, *op. cit.*, pp. 181-182.

²⁹ Minuta de Nicolson, 30 de enero de 1914, FO 371/2025, 4117. En relación con la (reacia) deferencia británica hacia los Estados Unidos en México, véase Meyer, *op. cit.*, p. 148.

³⁰ Calvert, *op. cit.*, pp. 220-221.

y alemanes se llevaban muy bien en México antes de 1914— eran «intrigantes inescrupulosos».³¹ Como ministro en México apoyó a Huerta, actitud que agradó a los empresarios británicos, ya que ofendió a los estadounidenses haciendo la vida difícil al ministerio británico del Exterior, quien deseaba no molestarlos. Carden, como su contraparte norteamericano Henry Lane Wilson, a veces actuaba por su propia cuenta. Spring-Rice, embajador británico en Washington, comparó su desempeño con el de los enviados rusos en Persia, cuyas gestiones agresivas frecuentemente contrastaban con las alentadoras palabras de San Petersburgo.³² Era un ejemplo, dicho de otra manera, de lo que Fieldhouse denominaba subimperialismo: la expansión en la periferia en desafío de las restricciones metropolitanas.³³ Con todo, la acción de retaguardia de Carden hizo poco más que erizar las plumas norteamericanas. El apoyo y consejo que dio a Huerta no pudo salvar su régimen, condenado más por la oposición mexicana interna que por las presiones norteamericanas. Y cuando los revolucionarios triunfaron en 1914, de inmediato le devolvieron sus pasaportes.

Esto coincidió casi exactamente con el estallido de la Primera Guerra Mundial: evento que *confirmó*—más que *creó*— la deferencia británica hacia los Estados Unidos y su impotencia en México. Aún así, dicha impotencia frustraba a los iracundos británicos. En 1917, dos empleados británicos de la Compañía Aguila —uno de los cuales era pariente del ex primer ministro Sir Henry Campbell-Bannerman— fueron muertos en la abrupta, caliente y violenta tierra del istmo de Tehuantepec. El embajador británico experimentó la usual indignación imperial, pero no podía ejercer la acción apropiada: el incidente, escribió, «llama la atención al grado deplorable de cómo el prestigio de la raza blanca se ha dejado hundir en México en los años recientes»; acontecimientos de esta clase «hubieran sido inconcebibles [...] hace cinco años»; ahora, «el hombre blanco es la burla y hazmerreír de un enorme número de indios».³⁴ Pero, nada se podía hacer, el gobierno mexicano fomentaba la anarquía, con el beneplácito del norteamericano. En Africa —observó el Ministro empleando experiencia imperial de primera mano— tal hecho «hubiera provocado un clamor por doquiera en el continente y conducido a una expedición punitiva».

Muchos norteamericanos hubieran estado de acuerdo. Por supuesto, Wilson envió una sola expedición punitiva, pero no se mostró muy eficaz. Uno de sus oficiales, el joven George Patton, criticó al Presidente por su pusilanimi-

³¹ Katz, *op. cit.*, pp. 171-172.

³² Spring-Rice a Grey, 13 de enero de 1914, *Grey Papers*, FO 800/84, caja 1.

³³ David Fieldhouse, *Economics and Empire, 1830-1914*, Londres, 1973, pp. 80-81.

³⁴ Thurstan, ciudad de México, 20 de marzo de 1917, FO 371/2966, 88967.

dad, por los miedosos límites que impuso a la expedición, circunscribiendo sus operaciones y condenándola al fracaso: «[Wilson] —escribió Patton a su padre— no tiene siquiera el alma de una ladilla, ni la mente de un gusano ni el espinazo de una medusa».³⁵ Así pues, los airados norteamericanos se vieron frustrados por igual. Lo importante era que —aún en 1919 cuando la campaña intervencionista del senador Albert Fall coincidió con el derrame cerebral del Presidente—, Wilson seguía oponiéndose a la intervención armada. No solucionaría la «crisis local» mexicana por medio de la intervención, de la anexión, del imperialismo formal; no podía transitar el camino de Gladstone en Egipto o de McKinley en Cuba. La presión de la Primera Guerra Mundial fue en parte responsable de esto, como razonó el Secretario de Estado Lansing en 1915: «Alemania quiere avivar el caos en México con el objeto de obligarnos a intervenir, por lo que no debemos hacerlo». Pero no fue menos importante la fe de Wilson en la democracia y la autodeterminación de los pueblos, que antecedió a la Guerra y halló su primera expresión importante en la política hacia México.³⁶

Semejante política no pudo menos que espantar a los intereses y funcionarios británicos, cuyas actitudes se encontraban fuertemente condicionadas por preconcepciones imperiales que Wilson —como muchos norteamericanos— no tenía.³⁷ Aunque debemos notar que entonces se extendía en los Estados Unidos una opinión —si bien minoritaria— representada por Theodore Roosevelt o Henry Cabot Lodge, que compartía las ideas imperiales europeas y el disgusto con la política mexicana de Wilson. Esta discrepancia angloamericana (entre, a *grosso modo*, el imperialismo y la autodeterminación) reapareció en México durante la década de los treinta y fue después evidente en las reservas de Churchill hacia ciertos términos de la Carta del Atlántico y a su sentimiento, compartido por muchos británicos, de que las ideas de Roosevelt sobre la India eran sentimentales y absurdas.³⁸

³⁵ Carta de George Patton a su padre, 28 de septiembre de 1916, *Patton Papers*, Library of the Congress, caja 8.

³⁶ Memorandum de Lansing, 10 de octubre de 1915, *Lansing Papers, Confidential Notes and Memo's*, Library of the Congress, volumen 1. Existe una enorme bibliografía sobre la diplomacia wilsoniana. La continuidad del «antiimperialismo liberal» desde México hasta Versalles es recalca-da por N. Gordon Levin, *Woodrow Wilson and World Politics*, Oxford, 1968.

³⁷ Lo que no significa que Wilson y la mayor parte de la oligarquía política norteamericana carecieran de presunciones racistas, las críticas racistas del imperialismo poseen rancio abolengo. El argumento de que los Estados Unidos no podían incorporar a muchos millones de mexicanos racialmente inferiores fue presentado en oposición de la intervención y anexión tanto en 1848 como en 1914; Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History*, Nueva York, 1963, pp. 191-192 y 247; Knight, *op. cit.*, 2, pp. 154-155. Igualmente, el antiimperialismo de Franklin Delano Roosevelt poseía mucho de racismo: Christopher Thorne, *Allies of a Kind*, Oxford, 1978, pp. 6-7.

³⁸ William Roger Louis, *Imperialism at Bay, 1941-1945*, Oxford, 1977, pp. 121-122.

Si para Wilson la Revolución Mexicana representaba aspiraciones nacionales legítimas, para los empresarios y funcionarios británicos significaba una seria amenaza. El benigno clima de colaboración del Porfiriato había dado paso a la borrasca de una revolución social, borrasca que observadores británicos —la mayoría admiradores del Imperio y algunos de ellos veteranos de su construcción— veían a través del lente imperial. Hohler —quien había servido en San Petersburgo, El Cairo, Tokio, Addis Abeba y Constantinopla, en donde presencié tanto las masacres de los armenios como la revolución de los jóvenes turcos— de inmediato trasladó a categorías familiares la confusa revolución de México. La carrera de Pancho Villa, reportó en cierto momento, «es la de un perro rabioso, un molá demente, un malayo enloquecido»³⁹ y la convención revolucionaria de Aguascalientes, reunión política de importancia central en la historia de la Revolución, «asemeja nada menos que al parlamento de monos descrito por el Sr. Kipling en *El libro de la selva*».⁴⁰ Tales categorías imperiales eran ampliamente usadas por los europeos, menos por los norteamericanos, por obvias razones. Los británicos tendían a ver al antiguo régimen como un despotismo agradable, al nuevo —si es que era un régimen— como un bandidaje rampante. Como tal, implicaba una amenaza para los extranjeros y sus propiedades.

Aquí pueden encontrarse matices interesantes. Un aspecto de la amenaza era físico. («Ser gringo en México —como decía el escritor norteamericano Ambrose Bierce— ah, eso era eutanasia»).⁴¹ Relatos aterradorantes acerca del caos y las masacres revolucionarias eran intercambiados en cafeterías, clubes y consulados, especialmente en la gran fábrica de rumores en que se convirtió la ciudad de México. A medida que los zapatistas expandían su dominio sobre el estado de Morelos, los extranjeros de la capital —igual que los extranjeros en otras ciudades importantes— temían por sus vidas. Los zapatistas, escribió Rosa King, una hotelera británica obligada a evacuar su hotel de Cuernavaca y a refugiarse en la capital en 1914, eran «salvajes [que] no respetaban a nada ni a nadie, hombre o mujer». Un funcionario del Ministerio Británico del Exterior, que había leído el escalofriante relato de la señora King, concluía que los zapatistas «actúan sólo por pura maldad».⁴² En una conversación con Bryan, Hohler mencionó este problema, «relatando

³⁹ Memorandum de Hohler, 11 de febrero de 1914, FO 371/2025, 8667.

⁴⁰ Hohler, ciudad de México, 20 de octubre de 1914; 11 de enero de 1917; FO 371/2031, 68897; 371/2959.

⁴¹ Ronald Atkins, *Revolution! Mexico, 1910-1920*, Londres, 1969, p. 175.

⁴² Hohler, ciudad de México, 2 de noviembre de 1914, FO 371/2031, 76893.

las numerosas fechorías y escándalos de los bandidos que infestaban el vecindario» y pintando un tétrico retrato de lo que sucedería cuando los forajidos cayeran sobre la ciudad de México. Dado el caso, se creía que sus depredaciones serían secundadas con entusiasmo por «las clases criminales» (otra categoría común de análisis diplomático).⁴³ El cuerpo diplomático temía una repetición del sitio de Pekín —para el lúgubre ministro español el temor era especialmente agudo: había vivido aquellos famosos 55 días en Pekín.⁴⁴ El gobierno británico, por lo tanto, accedió a enviar armas a su embajada, invocando específicamente este precedente.⁴⁵

Con todo, la ciudad de México no era Pekín, ni los zapatistas eran los boxers. En 1914, cuando entraron en la capital, la población mexicana y extranjera se preparó para lo peor. Empero, Hohler observó, los zapatistas parecían dóciles e incluso deferentes, en apariencia «los más brutos de los brutos», pero en la práctica eran «amables». No sucedió masacre alguna y la capital permaneció tranquila bajo los «benévolos auspicios del general Zapata». ⁴⁶ Estos rústicos y populares rebeldes, después de todo, quizás no eran tan malos: no eran presuntuosos, conocían su lugar y no expresaban ninguna animosidad hacia los extranjeros, salvo contra los españoles.

Una transición similar afectó a Villa, el azote revolucionario del norte. Por años había sido tachado de bandido peligroso. Pero, con la victoria vino el conocimiento y aun la aceptación: Villa, informó un sorprendido cónsul británico, «es de conversación bastante agradable y manifiesta un gran interés en nuestra guerra, expresando su deseo de que ganen los aliados». ⁴⁷

Este paulatino descubrimiento tuvo varias causas. El caos revolucionario había sido exagerado en demasía, especialmente por los extranjeros ciudadanos. Aquellos que vivían en el campo —agricultores, mineros e incluso algunos cónsules— poseían una actitud más realista y menos temerosa. La xenofobia revolucionaria fue, en efecto, bastante superficial e irregular; cuando se desató, afectó a españoles y chinos más que a británicos, y aun norteamericanos. En particular, cabecillas campesinos populares como Villa y Zapata tenían pocos resentimientos contra los intereses angloamericanos. Los blancos principales de sus acciones eran los mexicanos y los españoles. Sus metas tendían a ser locales, políticas y agrarias en vez de nacionalistas. En

⁴³ Spring-Rice a Grey, 7 de febrero de 1914, FO 371/2025, 7144.

⁴⁴ Calvert, *op. cit.*, p. 136. Acerca de la «paranoia de Pekín», véase también Calvert, *Ibidem*, p. 125; Meyer, *op. cit.*, p. 152; Knight, *op. cit.*, 2, pp. 40-41 y 170.

⁴⁵ Grey a Spring-Rice, 11 de febrero de 1914, FO 371/2025, 6537.

⁴⁶ Hohler, ciudad de México, 28 de noviembre de 1914, FO 371/2032, 85296, 87594.

⁴⁷ Caldwell, Zacatecas, 22 de octubre de 1914. FO 3716/2031, 71957.

consecuencia, los bandidos de ayer se convirtieron en los potenciales caudillos del mañana: Villa, en particular, repentinamente se tornó en Porfirio Díaz *redivivus*, el hombre a caballo que podía pacificar al México asolado por la guerra, el caudillo surgido de la muchedumbre que, él solo, podía controlarla.⁴⁸ Para decirlo de otro modo, los intereses británicos vieron en Villa y en el villismo un medio para restaurar el rasgado paño de la colaboración. Ello era bastante factible: el tratamiento de los intereses extranjeros por parte de Villa en su gran dominio norteño fue ordenado y benigno.

Pero, como a la postre sucedió, Villa y Zapata fueron vencidos. En efecto, perdieron porque fueron derrotados en las batallas decisivas, no a causa de que los intereses extranjeros se hayan alineado con ellos o en su contra.⁴⁹ Pero su derrota clausuró una prometedor vía de colaboración. Así, desde 1915 en adelante, los extranjeros debieron enfrentar a la facción vencedora de Carranza y Obregón. En sus inicios, parecía que la dirección carrancista era preferible que la de los caudillos populares. Carranza, en particular, era un político educado y respetable de la vieja escuela; Obregón, aunque un novato, era astuto, leído, mundano y bien informado. General autodidacta, ganó las batallas decisivas contra Villa debido, en parte, a que había asimilado las lecciones militares de la guerra *anglobóer* y la Primera Guerra Mundial. Pero, una vez en el poder, comenzaron a mostrar un nacionalismo ofensivo. A diferencia de Villa o Zapata, Carranza, Obregón y sus partidarios poseían una especie de plan de reconstrucción nacional, que si bien no incluía la *expulsión* de los intereses extranjeros, implicaba ciertamente su regulación y aprovechamiento impositivo, lo que era evidente en los nuevos artículos nacionalistas de la Constitución de 1917.

Los lamentos extranjeros, inclusive los británicos, cambiaron de tonadad. Ya no era la anarquía popular sino las reformas nacionalistas lo que amenazaba a los intereses británicos; no los ataques a las personas sino los ataques bolcheviques a la propiedad. La amenaza provenía, no de campesinos rebeldes ingenuos —cuya familiaridad había generado un cierto desprecio paternalista—, sino de advenedizos revolucionarios: leguleyos, intelectuales radicales, demagógicos generales revolucionarios. Eran, podría decirse, los *babus*⁵⁰ de la Revolución: ambiciosos reformistas

⁴⁸ Una transformación similar de papeles habíase evidenciado en el caso del otro caudillo revolucionario chihuahuense, Pascual Orozco, en 1911-1912. Véase Knight, *op. cit.*, 1, pp. 290 y 297-299.

⁴⁹ Tal es, por lo menos, mi conclusión. Para conocer un punto de vista diferente, presentado con vigor, véase Hart, *op. cit.*, capítulo 9.

⁵⁰ En relación con el «estallido *babu*» —el crecimiento de una clase media occidentalizada «enardecida por un nuevo sentido de identidad y capacidad para participar en el gobierno de su país»— y la desdeñosa reacción británica, véase Judith Brown, *Modern Indian*, Oxford, 1985, p. 122-123.

de clase media que osaban retar a los intereses imperialistas en sus propios términos, con reformas nacionalistas y proyectos de desarrollo nacional.

Un cónsul británico hizo una comparación entre dos prominentes políticos de Durango de 1918. Uno, Domingo Arrieta, era «un pelado y un patán absoluto», «un salvaje sin pretensiones», analfabeto y amigo de «brutos placeres», pese —o debido— a lo cual «era un excelente amigo», que «ofrecía la gran ventaja de carecer de ambiciones... comiéndole sus entrañas, ni tenía ansias socialistas de destruirlo todo», por lo cual «era infinitamente mejor que los demagogos socialistas, sindicalistas y bolcheviques a quienes, lamentablemente, estamos acostumbrados».⁵¹ Típico entre estos últimos fue Gustavo Espinoza Mireles, un *babu* mexicano por antonomasia «muy orgulloso de poseer cierta instrucción en derecho, principalmente autodidacta». En apariencia, «nada distinto de un asistente de peluquero», pero «cabeza caliente», dado a ideas socialistas y apegado a los sindicatos. En efecto, Espinoza desempeñó un papel importante en la fundación de la primera gran confederación laboral de México, la CROM. Así pues, en México, como en la India o posteriormente en África, fue el nacionalista urbano, no el campesino localista, quien parecía amenazar más el *statu quo* y, con él, la posición de los intereses británicos.

El siguiente conflicto entre los *babus* revolucionarios y los intereses británicos fue largo: una guerra de agotamiento, no de batallas impresionantes, la cual nos lleva, más allá de la lucha armada, al segundo periodo de reconstrucción. El problema principal fue la industria petrolera en vista de que el régimen revolucionario la consideraba un importante enclave extranjero altamente rentable, demasiado poderoso y rebelde a la soberanía y desarrollo mexicanos. La Constitución de 1917 fue concebida en parte para corregir estos abusos y reafirmar el control mexicano sobre los recursos del país. Durante los años veinte y treinta, el gobierno mexicano y las compañías petroleras se enfrentaron, el primero intentando aplicar los artículos nacionalistas de la Constitución y las segundas, resistiendo aquello que llamaban una expropiación. Aunque la Revolución y la Primera Guerra Mundial habían acrecentado el poderío económico norteamericano en México, la industria petrolera era un caso aparte: nuevos hallazgos en los años treinta habían favorecido a la Compañía El Aguila, la antaño empresa de Lord Cowdray, ahora filial de la Royal Dutch Shell. Aliada de las compañías norteamericanas, combatió tenazmente el auge del movimiento obrero en el sector petrolero así como los repetidos intentos del gobierno revolucionario de reglamentarla e imponerle contribuciones fiscales.

⁵¹ Knight, *op. cit.*, 2, pp. 484-485.

Antes de hablar del dramático desenlace de 1938 cabe recordar que el problema petrolero —aun cuando absorbía gran parte de la atención británica— fue sólo una manifestación de la política revolucionaria. Los británicos también reaccionaron en contra de la reforma agraria, la legislación social, la reforma educativa y el anticlericalismo. Como primera revolución social del siglo XX —discúlpe-se el lugar común— la Revolución Mexicana desafió a las grandes potencias, aun a la Gran Bretaña, con un repertorio de políticas reformistas y nacionalistas, las cuales, para la década de los cuarenta y cincuenta, serían comunes en el ambiente político del Tercer Mundo que los británicos, y otros, tendrían que enfrentar.

La reacción británica a la revolución institucional de los veinte y los treinta presentó claras continuidades con respecto a previas reacciones a la revolución armada. Sobrevivieron viejos estereotipos, especialmente en la propia Gran Bretaña. Cuando W. Obaldeston-Mitford abandonó Inglaterra en 1924 para trabajar en la embajada británica en México, escribió: «Los miembros de mi club (gente muy viajada por Europa, con una excelente educación y tolerablemente bien informada en asuntos mundiales) expresaron su horror: «si sales de la capital» —me avisaban— «ocuparás la olla de un caníbal o serás sacrificado en un altar pagano a un dios indio».⁵² Los británicos residentes en México estaban mejor informados y usualmente eran más circunspectos. Aun así, las reformas eran desdenadas y resistidas. En 1923, el Encargado de Negocios británico fue expulsado en cumplimiento del artículo 33 constitucional debido a sus destempladas críticas y su oposición a la reforma agraria; la terrateniente Rosalie Evans emprendió una solitaria cruzada quijotesca contra «el agrarismo bolchevique» que le costó la vida en 1924.⁵³ En 1938, se rompieron relaciones diplomáticas cuando la Gran Bretaña protestó con rudeza por la expropiación de la Compañía El Aguila por Cárdenas. En cierto sentido, Gran Bretaña —es decir el gobierno británico— podía arriesgarse a semejantes discordias puesto que ahora México tenía menos valor: la inversión británica se había reducido, especialmente en comparación con la norteamericana, y la deferencia hacia la hegemonía estadounidense era aún más pronunciada —y tampoco había ya ningún disidente como Carden para desafiarla. Como apuntó un funcionario del PRM en 1938: «...a Inglaterra no se le podía tomar

⁵² Robert Freeman-Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, Chicago, 1972.

⁵³ W. J. Obaldeston-Mitford, *Dawn Breaks in Mexico*, Londres, 1945, pp. 5-6.

en cuenta porque «no soplab» y todo el mundo se mofaba de ella al ver su antiguo poderío en completo ocaso». ⁵⁴

Con respecto a los Estados Unidos —y aquí el contraste es nuevamente interesante— la acrecentada hegemonía no implicó necesariamente una mayor intervención ni control abierto. Durante la Primera Guerra Mundial, la principal tarea del embajador norteamericano era —en sus propias palabras— «mantener a México tranquilo»; evitar embrollos aunque ello significara tolerar desaires y excesos mexicanos. ⁵⁵ Durante la década de los veinte, las políticas revolucionarias —en relación con el petróleo, la tierra y la Iglesia— motivaron constantes batallas diplomáticas con los Estados Unidos, mas no la intervención armada. En efecto, los Estados Unidos apoyaron al régimen en los días críticos de 1923-1924 y, a través de la mediación del embajador Dwight Morrow, se logró un cómodo *modus vivendi* a finales de los veinte. En la década siguiente, ideológicamente polarizada, la complacencia norteamericana hacia México era, se quejaban los británicos, todavía más marcada. Frente a un gobierno más radical, como el de Cárdenas, los Estados Unidos mostraron una tolerancia inusitada, no sólo frente a una reforma agraria radical, sino inclusive hacia la sorprendente expropiación petrolera en 1938. Ciertamente, los intereses petroleros norteamericanos en México eran menores a los de Gran Bretaña; en términos materiales, los Estados Unidos cedieron menos. Sin embargo, lo más importante era que estaban muy preocupados en mantener un régimen estable y amistoso al sur de su frontera en tiempos en que crecía la amenaza del Eje, y la administración Roosevelt tenía cierta afinidad con el régimen reformista de Cárdenas, afinidad que los mexicanos se afanaron por destacar. ⁵⁶ Mientras el gobierno británico respondía a las reclamaciones de las compañías petroleras, Roosevelt las rechazaba.

Entretanto, funcionarios y empresarios británicos continuaban mostrando cierta altanería imperial. Sin embargo, con el gobierno revolucionario bien consolidado y la posición global británica severamente debilitada desde principios de este siglo, dicha altanería era menos aguda y penetrante. Después de la expulsión del encargado de negocios en 1923, su sucesor, Sir Esmond Ovey, adoptó una postura más concilia-

⁵⁴ Rosalie Evans, *The Rosalie Evans Letters From Mexico*, ed. Daisy Caden Pettus, Indianapolis, 1926. Tim Henderson de la Universidad de North Carolina, Chapel Hill, ha concluido una tesis doctoral acerca de este interesante caso.

⁵⁵ PS-12 (Jesús González Valencia) a Gobernación, 24 de marzo de 1938, en Dirección General de Información Política y Social, Archivo General de la Nación, caja 4.

⁵⁶ Smith, *op. cit.*, p. 93.

toria, aliándose —para disgusto de algunos intereses británicos— con la política de acercamiento de Dwight Morrow. Durante los años treinta, los informes oficiales británicos desde México manifestaban ocasionalmente alguna comprensión —incluso simpatía— hacia las políticas reformistas de Cárdenas que parecían funcionar, y no eran simple demagogia.⁵⁷ Un administrador de la Compañía El Aguila sugirió inteligentemente que su empresa debería adaptarse a las medidas nacionalistas mexicanas en lugar de obstaculizarlas, por lo que Sir Henry Deterding, jefe cuasifascista de la Royal Dutch Shell, lo reprendió por ser «medio bolchevique». Pero, Deterding —explicó el citado administrador— pertenecía a la vieja escuela, la cual «era incapaz de concebir a México como nada menos que una colonia a la cual se le podía ordenar».⁵⁸ Por lo tanto, los empresarios y funcionarios británicos en México suavizaron un poco su estridente postura antirrevolucionaria. Debían vivir con la Revolución, aunque a algunos les disgustara. En contraste, ciertos norteamericanos, como el embajador Josephus Daniels, se apresuraron a abrazarla. Desde el punto de vista británico, Daniels protestaba débilmente por las expropiaciones mexicanas de propiedades estadounidenses; aceptó la legalidad de la expropiación petrolera; y peor aún, asistía entusiasta a las recepciones diplomáticas de Cárdenas, caracterizadas por la informalidad y la abstinencia, y acompañaba al Presidente en sus interminables giras por el país —viajes por territorios calurosos y difíciles que escandalizaban a los diplomáticos extranjeros porque tampoco se les permitía ingerir bebidas alcohólicas. Y el colmo, a Daniels y a su esposa se les vio ataviados con trajes indígenas y participando en sus danzas.⁵⁹

De nueva cuenta, con la expropiación petrolera, las percepciones británicas y norteamericanas difirieron. El gobierno británico, más preocupado con el petróleo del Medio Oriente que por el mexicano, mantuvo una línea dura y lamentó la debilidad norteamericana. Los británicos podían arriesgarse a una ruptura, la que consiguieron. México —y la Compañía El Aguila— fueron sacrificados por el bienestar del menguante imperio. Los

⁵⁷ El cabildeo del gobierno mexicano en Washington puede haberse incrementado en años recientes pero no es un fenómeno nuevo. Luis Cabrera, durante 1913-1914 desempeñó un papel importante al formar en Wilson el concepto de la Revolución Mexicana como un movimiento legítimo de reforma social (véase Knight, *op. cit.*, 2, pp. 139-140). En vísperas de la expropiación petrolera Ramón Beteta se mostró como un asiduo negociador para el gobierno de Cárdenas. Véase el Archivo Presidencial en el Archivo General de la Nación, legajo 432.2/253-9, legajo 3, México.

⁵⁸ Véase, por ejemplo, el informe sobre los ejidos de la Laguna del vicecónsul Dutton-Pegram, Torreón, 4 de enero de 1939, FO 723/172.

⁵⁹ J. Murray, Ciudad de México, citando a Assheton de la Compañía El Aguila, 17 de septiembre de 1935, FO 371/18708. 8586.

Estados Unidos, considerando a México geopolíticamente crucial, se apresuraron a cooperar con el reformista, pero tenazmente antifascista, Cárdenas. La polarización de la década del diez se repitió (*mutatis mutandis*) veinte años más tarde: de nuevo, una administración demócrata norteamericana, simpática a las reformas y preocupada por las ambiciones germanojaponesas, dio a México un trato laxo y rechazó la línea dura de los británicos.

Es entonces cuando los enviados culturales británicos pueden ingresar breve y tardíamente en la discusión. También ellos contribuyen a mostrar el contraste entre las actitudes británicas y norteamericanas. Por años, México había atraído a viajeros culturales británicos y estadounidenses y la Revolución incrementó su número.⁶⁰ Los añejos panegíricos —y denuncias ocasionales— a Díaz dieron paso a un sinnúmero de publicaciones, muchas de ellas norteamericanas y algunas británicas, que analizaban, evocaban o traducían al nuevo México de la Revolución. Algunas fueron obra de distinguidos escritores británicos como Maugham, Lawrence, Huxley, Greene y Waugh. Su imagen de la Revolución no fue uniforme, pero mostraba algunos temas repetidos, ligados a los estereotipos políticos ya mencionados, que contrastaban con la imagen de muchos de sus coetáneos norteamericanos. Así es que la literatura, la política y la diplomacia, compartieron algunas preconcepciones culturales.

Los enviados culturales norteamericanos frecuentemente simpatizaban con o eran abiertamente entusiastas de la Revolución: tomemos en consideración a John Reed, Lincoln Steffens, Carleton Beals, John Dos Passos, Katharine Anne Porter, Frank Tannenbaum, y a Jack London en sus inicios. Sus colegas británicos eran casi invariablemente escépticos o claramente hostiles, además, todos ellos detestaban a México.⁶¹ Somerset Maugham realizó una breve visita a México en 1924; su experiencia mexicana tuvo poco impacto en su obra y, como los demás, detestaba el país. Sólo hizo un comentario citable: al enterarse de que Lawrence se encontraba en México, respondió: «Me voy enseguida», y al recordársele que México era un país bastante grande, añadió parodiando al antiguo oeste norteamericano, «no existe país lo suficientemente grande para nosotros dos».⁶² Obviamente, por casualidad México sirvió como sitio de esta pugna literaria que bien pudo haber sucedido en Marruecos o la Melanesia.

⁶⁰ E. David Cronon, *Josephus Daniels in Mexico*, Madison, 1960.

⁶¹ Helen Delpar, *The Amazing Vogue for All Things Mexican*, 1993.

⁶² Es a menudo difícil disociar el desdén hacia México del desprecio a la Revolución Mexicana. Sin embargo, en tres de los cuatro casos aquí discutidos, ambas actitudes se refuerzan mutuamente: en general los mexicanos son retratados como merecedores del gobierno que tienen.

Lawrence es un caso más significativo. Con base en sus dos viajes, de 1923 y 1925, escribió un libro mediocre (el relato de viajes *Mañanas en México* en 1927) y una novela importante (*La serpiente emplumada* en 1926), ésta, decía, era su predilecta y su mejor obra hasta entonces. Los críticos disienten: Evelyn Waugh, en su libro de viaje *México, una lección objetiva*, llamó a *La serpiente emplumada* «una de las novelas más bobas en la literatura reciente» (casi la única opinión en el libro de Waugh con la que estoy tentativamente de acuerdo).⁶³ Como algunos de sus colegas norteamericanos, Lawrence vino a México buscando la cultura terrena y prístina de los primitivos, contra la cual contrastar la degeneración de la democracia de masas moderna.⁶⁴ Por supuesto halló lo que buscaba, pero en la comunidad indígena abstracta (en su absurda invención de un culto renacentista precolombino), no en las verdaderas comunidades e indígenas de carne y hueso que conoció en Oaxaca. Como admitió con franqueza: «En algún lugar dentro de mí, siento una honda simpatía por los indios; superficialmente, no me agradan».⁶⁵ En realidad, sus sentimientos eran más negativos. Sus indios son «extraños salvajitos» que se reúnen como «insectos vestidos de blanco» en «un silencio secreto, furtivo, pesado»; «la población hispanoamericana» —concluye— «se pudre encima de la salvaje masa negra».⁶⁶ México le revuelve el estómago. Los mexicanos son «un pueblo estúpido» que habita «un continente malévol».⁶⁷ No causa sorpresa que, como apunta un biógrafo suyo, «muchos mexicanófilos revienten al oír el nombre de Lawrence».⁶⁸ De la misma manera que los diplomáticos a los que —inconscientemente— Lawrence hacía eco, el novelista tenía poca simpatía por la Revolución y su proyecto de reforma y construcción nacional. Favorable a las soluciones autoritarias en Europa, ni siquiera reconoció las virtudes de los defectos de México. Para él —como para algunos historiadores revisionistas— la Revolución era un motor de corrupción demagógica e hipocresía, ejemplo de «bolchevismo egoísta», de «horrendos agitadores [quienes] insuflan trozos de socialismo sobre [*sic*] los indios y convierten todo en un lío».⁶⁹ La democracia era una farsa, la movilidad social generada por la Revolución una broma. El gobernador de Oaxaca —«un indio de las monta-

⁶³ D. Wayne Gunn, *Escritores norteamericanos y británicos en México*, México, 1977, p. 27.

⁶⁴ Evelyn Waugh, *Robbery Under Law*, Londres, 1939, p. 10.

⁶⁵ Cf. John Carey, *The Intellectuals and the Masses*, Londres, 1992.

⁶⁶ Ross Parmenter, *Lawrence in Oaxaca*, Salt Lake City, 1984, p. 94.

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 19-20 y 126.

⁶⁸ *Ibidem*, pp. 30-31.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 97. Aun así, el autor elogia a Lawrence por ser «sensible a la realidad de México» (XXX-XXXI) y por mostrar «una extraordinaria comprensión de la atmósfera política de la época».

ñas»— habiendo escalado el palo ensebado, representa un papel hipócrita «como un abogadillo mexicano... Todo es simplemente absurdo... Es un mundo de locos... Imagínese, aun cuando un indio zapoteca se convierta en gobernador, es sólo un tipo en traje dominguero sonriendo y tramando».⁷⁰ Podríamos descargarle a Lawrence que no era una persona de ideas políticas complejas (usualmente, desdeñaba la política); la Primera Guerra Mundial había amargado su opinión sobre la democracia; su español era mayormente italiano; con sus ojos azules y barba pelirroja fue, en más de una ocasión en Oaxaca, confundido con Jesucristo; todo lo cual debió influir en su juicio.⁷¹ Pero era inequívoco: la Revolución era un engaño sucio a un pueblo degenerado. La única esperanza yacía en un misticismo charlatán, producto no de la realidad mexicana sino de la febril imaginación de Lawrence. Pero, Lawrence no era sólo un audaz y excéntrico literato; como John Carey arguye convincentemente,⁷² Lawrence participó en ese tenaz repudio elitista de la democracia y la sociedad de masas que caracterizó a su generación. En este sentido, estaba aliado inconscientemente con aquellos rígidos diplomáticos británicos que sin duda despreciaba.

Aldous Huxley, quien arribó a México a principios de los años treinta, produjo el mejor, si bien el más corto de los relatos de viajes (*Más allá de la bahía Mexique*, 1934). Como Lawrence (y un buen número de escritores norteamericanos) Huxley vio a México como prueba del moderno desarrollo social. Aquí, lo moderno y lo primitivo se yuxtaponían. Pero, mientras que Lawrence —y sociólogos norteamericanos como Stuart Chase⁷³— ansiosamente buscaba lo primitivo, a Huxley no le interesaba este espúreo filoprimativismo cultural (*cultural slumming*). Denunció a los que —al estilo de Ruskin o Morris— veían en México una muestra de sano primitivismo preindustrial que con más imaginación que sentido, invocaban a los indios mexicanos como Voltaire invocaba a los persas y chinos, es decir, para señalar las supuestas fallas de la modernidad; o que, como Chase, creían que los beneficios de la modernidad, como las carreteras y la higiene, podrían introducirse en México sin menoscabar sus valores sociales y estéticos «primitivos», los cuales aplaudían y querían preservar.⁷⁴ Huxley argüía convincente aun proféticamente que no puede tenerse todo. Los artículos

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 9 y 19.

⁷¹ *Ibidem*, p. 18.

⁷² *Ibidem*, pp. 13, 18, 47, 127 y 141.

⁷³ Carey, *op. cit.*

⁷⁴ Stuart Chase, *Mexico: A Study of Two Americas*, Nueva York, 1950.

materiales son también innovaciones culturales. Los automóviles Ford revolucionarán el transporte y aliviarán el trabajo pesado, pero también «portarán una carga invisible de nuevas ideas, de modos extraños, urbanos de pensar y sentir», por lo que, «apoyados por los Fords, las escuelas rurales podrán al fin comenzar a hacer lo que era su objetivo primordial: transformar el carácter nacional». ⁷⁵

Su relato acerca de México era crítico, sesudo y a veces francamente grosero (en especial sobre las mujeres: durante el concurso de Señorita Etna, observó: la belleza de «las concursantes arrasaría los premios de cualquier concurso de ganado»); México, decía, produce «el tipo de mujer más horriblemente animal, más abismalmente vulgar, que yo haya visto en ninguna otra parte del mundo» —algo muy distante de las opulentas y bronceadas nativas de Lawrence). ⁷⁶ Pero, no todo era malo: Huxley encontró a Monte Albán «extraordinariamente impresionante» (Greene y Waugh, en cambio, fueron muy peyorativos con las ruinas precolombinas). Analizó y apreció las artesanías y halló la Escuela Nacional Preparatoria de la capital (aquí, por una vez, la comparación favorece a México) «refrescante, no como Rugby o Roedean». ⁷⁷ En una palabra, aunque no juzgó a la Revolución *per se*, ofreció un retrato equilibrado e individual del México de principios de los años treinta, con inferencias inteligentes sobre una sociedad en transición, su opinión no era gobernada por ninguna idea fija racial o política.

No puede decirse lo mismo de Greene o Waugh. Independientemente de los méritos literarios de *El poder y la gloria* —los cuales no pretendo discutir— el reportaje contenido en *Caminos sin ley*, relato de viaje muy similar a la novela, es terrible y decepcionante. (Posteriormente, el autor aparentó sentir algunos remordimientos, si bien no muchos.) La persecución de la iglesia católica domina la narración, aparte de cuán válida pueda ser como estructura literaria o trasfondo para una novela, es históricamente engañosa, pues la persecución había amainado para cuando la escribió; la suya era, pues, una obra retrospectiva e imaginaria, no de periodismo informado. También era una diatriba contra México. El autor señala el día exacto cuando empezó «a odiar a los mexicanos». ⁷⁸ México es todo suciedad, corrupción, violencia e hipocresía; los mexicanos son irresponsables, infantiles y llenos de odio («jamás he estado en un país donde se esté tan consciente del odio». «Es un país odioso y odiador»,

⁷⁵ Aldous Huxley, *Beyond Mexique Bay*, Londres, 1955, primera edición 1934, pp. 177-181.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 180.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 200.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 212-213. Roedean y Rugby son célebres escuelas privadas de Inglaterra.

los mexicanos «rebasan la niñez y permanecen por siempre en una adolescencia cruel y anárquica»); la comida es horrenda; el tequila es «un *schnapps* bastante inferior»; los murales de Orozco «son insoportablemente sentimentales»; las artesanías mexicanas eran «horrorosas» («horroroso» es un adjetivo muy usado).⁷⁹ En su recorrido por el México meridional, suspira por Inglaterra y abraza a Trollope contra su sudoroso pecho (Lawrence, sufriendo los espasmos de la nostalgia entre el hibisco y las nochebuenas de Oaxaca, la víspera de Navidad de 1924, «anhela[ba] ver el muérdago entre las naranjas de un expendio de frutas de Hampstead... ver los autobuses correr por el barrio en Piccadilly»).⁸⁰ Para Greene, México sólo poseía una gracia salvadora —la cual reconoce tardíamente cuando regresa a los Estados Unidos—: al menos tiene «la sombra de la religión» comparado con el mundo «sin gracia, sin pecado, de cromo vacío» de los Estados Unidos.⁸¹ Huxley, claro, le hubiera recordado que México también iba a toda velocidad en esa dirección. Sin embargo, perversamente, el régimen revolucionario —un régimen de «polvoriento racionalismo», de educación «fascista o totalitaria», de políticos y pistoleros corruptos, entre los cuales sólo Saturnino Cedillo recibe una palabra de encomio— se ha entregado a extinguir dicha gracia salvadora.⁸² Si, a diferencia de Lawrence, ve al catolicismo ortodoxo en lugar del paganismo redivivo como el único camino hacia adelante, está de acuerdo con su compatriota en cuanto a lo rancio de la Revolución y la degeneración de un pueblo tan arbitrariamente gobernado: «El socialismo es un fracaso. Transforma a la gente en masa y especialmente en salvajes». ⁸³ De nuevo, el prejuicio anglocéntrico conspira con la ignorancia local para producir una burda amalgama.

Sus lamentos encontraron eco, un año después, en *México, una lección objetiva* de Waugh, que, en vísperas de la expropiación petrolera —«ese repentino acto alocado», como Greene lo calificaba—⁸⁴ fue comisionado por Clive Pearson, hijo de Lord Cowdray, para que proporcionara —esperaba— una poderosa respuesta derechista a la propaganda pro radical mexicana. La tarea de Waugh fue debilitar al Club de Libros de Izquierda. Así pues, aun cuando compartía con Greene la preocupación por la iglesia católica perseguida, también tenía otras hachas políticas que blandir. Condenó al régimen «totalitario» de Cárdenas, «la obsesión con la política» que observó en México, la ilegalidad de la expropiación petrolera,

⁷⁹ Graham Greene, *The Lawless Roads*, Harmondsworth, 1971, primera edición, 1939, p. 48.

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 36, 38, 44, 69 y 70.

⁸¹ *Ibidem*, p. 128; Parmenter, *op. cit.*, p. 104.

⁸² Greene, *op. cit.*

⁸³ *Ibidem*, pp. 21, 42-43 y 73.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 91.

la expansión del comunismo y la bancarrota de una revolución que —dijo con desprecio— muchos ingenuos ideólogos norteamericanos habían abrazado.

Con Waugh se cierra el círculo. Sus opiniones reflejan las asombradas reacciones de los observadores extranjeros de 1910 o del club londinense de Obaldeston-Mitford en la década de los veinte. Villa y Zapata, asevera, fueron «elementos forajidos» que encabezaron «ejércitos de bandidos»; Villa, en particular, fue un «insoportable bandolero»; Salvador Alvarado, quien de hecho fue el elocuente y constructivo gobernador de Yucatán, era, en sus palabras, «un gamberro del tipo de los jefes pandilleros de Chicago»; la contrarrevolución de Huerta de 1913 había sido la última esperanza de México, y desde entonces todo habíase ido cuesta abajo —«veinticinco años de peculado, sangrías y bancarrota».⁸⁵ Y como los *Realpolitiker* de 1910, achacaba la culpa por lo ocurrido a los blandengues moralistas de Washington. Con la Revolución empezó la «desastrosa epopeya de la interferencia norteamericana con bases humanitarias».⁸⁶ De más está decir que además halló a México personalmente desagradable, los murales de Rivera eran «enormes y torpes»; las pirámides «infinitamente aburridas»; los mexicanos mostraban un «apático desaliño»; la ciudad de México, infernalmente ruidosa, exhalaba «un aire persistente y curiosamente depresivo de suciedad y desorden».⁸⁷ De las pocas cosas buenas que encontró durante sus dos meses en México, menciona a los legos católicos, la «buena compañía del bar del hotel Ritz» y «una botella de magnífico claret en la ciudad de México».⁸⁸ Su eurocéntrico desdén es aún más evidente cuando pregunta, retóricamente, «¿acaso la civilización, como un leproso, se ha comenzado a pudrir de las extremidades?»⁸⁹, convirtiendo a México en algo periférico y podrido. Casi inútil como análisis —aún más que Greene, luego sintió resquemores acerca de este libro—, su relato es interesante principalmente como declaración de sus propios principios políticos: conservador, católico y franquista. Como muchos conservadores mexicanos anhelaba un Francisco Franco mexicano como solución para una mala situación. Así, si en 1913 fue Huerta, en 1938 sería un dictador como Franco. Su diatriba sugiere la permanencia de muchas preconcepciones que caracterizaron a las reacciones británicas hacia la Revolución: reacciones hostiles, eurocéntricas, conservadoras y a menudo

⁸⁵ *Ibidem*, p. 91.

⁸⁶ Waugh, *op. cit.*, pp. 55, 59, 67 y 154.

⁸⁷ *Ibidem*, pp. 84 y 163.

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 21, 33 y 66.

⁸⁹ *Ibidem*.

racistas. Aunque estas también fueron evidentes en los Estados Unidos, entre empresarios, políticos y algunos escritores (*v. gr.*, el Jack London maduro), fueron compensadas por las nociones liberales de la autodeterminación de los pueblos, la reforma social y los beneficios potenciales de la «revolución» (los Estados Unidos no sólo carecían de un imperio formal, sino además gozaban de una herencia revolucionaria, que la Guerra Fría aún no había corroido). En tanto que en la práctica, los británicos podían dar rienda suelta a sus inclinaciones imperialistas en Africa o el Medio Oriente, en México sus manos estaban atadas; sólo rebeldes como Carden trataron de desafiar sin éxito la hegemonía norteamericana. Más frecuente y crecientemente, sus empresarios y funcionarios se exasperaban con la ingenuidad norteamericana, maldecían a la Revolución, pero descubrieron que nada podían hacer al respecto. En los años treinta, aunque seguían exasperándose con los norteamericanos y maldiciendo a la Revolución, llegaron inevitablemente a la conclusión de que tenían que vivir con ambas. Hallaron, muy tempranamente, que ya no eran —en palabras de Kiernan— los señores de la humanidad,⁹⁰ que en México por lo menos, la Gran Bretaña era *de facto* una potencia de segundo nivel que enfrentaba un tenaz nacionalismo tercermundista. En esto, México prefiguró no sólo la diplomacia global wilsoniana sino también el declive global británico.

Así pues, se permitió a los enviados culturales, a los libres viajeros literarios, decir su verdad, imponer sus categorías eurocéntricas y perseguir sus fantasías personales dentro del contexto mexicano. A diferencia de diplomáticos y empresarios, ellos no estaban limitados por el mundo real, por la necesidad de hacer periodismo «objetivo» u obtener ganancias «objetivas». En cambio, usaron a México como puerta conveniente donde clavar sus tesis polémicas: estridentes denuncias de la decadencia moderna, de la democracia de masas y de la reforma social; despiadada defensa del catolicismo, el misticismo y el conservadurismo. Si México no hubiera existido, hubieran tenido que inventarlo. Y muy a menudo eso fue lo que exactamente hicieron.

Traducción del inglés: Víctor Cuchí Espada.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 3.

⁹¹ V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, Londres, 1988, primera edición, 1969.